

WARHAMMER
AGE OF SIGMAR



SOULSLAYER

UNA NOVELA DE GOTREK GURNISSON

DARIUS HINKS

minotauro



SOULSLAYER

UNA NOVELA DE GOTREK GURNISSON

DARIUS HINKS

minotauro

Título: *Soulslayer*

Versión original inglesa publicada por Black Library.
Soulslayer © Copyright Games Workshop Limited 2022.

Soulslayer, Soulslayer, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Stormcast Eternals, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Título original: *Soulslayer*
Ilustración de la cubierta: Anna Lakisova

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito

ISBN: 978-84-450-1506-3
Depósito legal: B. 6132-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO UNO

—Gotrek tiene que morir —dijo Drymuss inclinándose hacia Maleneth—. Todo lo demás ha fallado.

El cazador de brujas era apuesto, para tratarse de un humano, con unas facciones anchas y fuertes y el aire relajado de un príncipe ocioso. Por supuesto, esa indolencia solo era una pose. Debajo del sombrero puntiagudo y la capa era puro músculo de rectitud moral. Maleneth había matado a suficiente gente para reconocer a un experto en la materia. Drymuss sonrió intentando parecer cordial, pero la suya era la sonrisa de un depredador. Maleneth había oído mencionar su nombre varias veces antes de partir de Azyrheim, normalmente pronunciado en susurros. La Orden de Azyr solo recurría a él cuando otros métodos más sutiles ya no eran una opción.

Drymuss volvió a recostarse en el tocón del árbol. El resplandor del fuego bañaba en oro su rostro mientras bebía vino a sorbitos y escrutaba a Maleneth con los ojos entrecerrados.

—No te culpes —añadió.

Maleneth contempló el mar que se extendía a la espalda del cazador de brujas. Estaban cerca del borde del acantilado y, a medida que el crepúsculo daba paso a la noche, el océano Amatista relumbraba desafiante, resistiéndose a la oscuridad, alardeando de su grandeza como un ave

que se arregla las plumas con el pico. Su combinación de aleaciones y elementos químicos reverberaba en la penumbra, intentando competir con las estrellas que comenzaban a titilar en el firmamento. Los colores de las olas eran vibrantes a pesar de la distancia y las ascuas salían despedidas de las olas más altas, se precipitaban sobre la cima del acantilado y se arremolinaban en torno a Maleneth como si fueran espíritus errantes.

—No me culpo. Es solo que él no es lo que pensaba.

Drymuss frunció el ceño.

—Es como cualquier otro matafuegos. Un poco más grande, quizá. Y, sin duda, peculiar. Pero sigue siendo un peludo zoquete duardin. Sin esa runa en el pecho no sería nada. Perfectamente podría haber muerto el día que lo conociste en... ¿Dónde fue, en una cárcel para matafuegos en Aqshy? Lo capturaron sin problema. ¿Cómo se llamaba? ¿Logia de Unbak?

Maleneth continuó observando las ascuas que caían en torno al hoyo mientras recordaba los Salones de la Censura de los Matadores donde había visto a Gotrek por primera vez.

—Yo pensé lo mismo cuando lo conocí —repuso Maleneth—. Estaba tan trastornado que me confundió con un demonio. En realidad creía que todo el mundo era un demonio. Ha recibido tantos golpes en la cabeza que su cerebro ya no funciona como debería. Aunque imagino que ya antes era un zoquete grosero. Incluso en las pocas ocasiones en las que está sobrio, lucha como si estuviera borracho. No se vanagloria de sus éxitos ni se los dedica a dios alguno. Ni siquiera se da cuenta de que es esclavo de los dioses. Se cree que los dioses son sus iguales. No —puntualizó riendo Maleneth—, nada de sus iguales. Se cree superior a ellos. —Agitó la pequeña botella que Drymuss le había dado y la luz se reflejó en el cometa de dos colas grabado en el vidrio—. Piensa que los dioses son idiotas y que los demás también lo somos... y que él es el único que no lo es.

Mientras hablaba, el odio que Maleneth profesaba a Gotrek bullía en su pecho. Sabía que debía ser prudente con una víbora como Drymuss cerca, pero su ira la pilló desprevenida y no pudo parar.

—Es tan ignorante que ni siquiera comprende el valor de la fe. Escapa a su intelecto. Se piensa que puede partírle el cráneo a cualquier cosa que se interponga en su camino y salirse con la suya. —Hizo una pausa. Estaba tan perpleja como siempre que pensaba en el matador—. Y tiene razón, maldita sea. Eso es lo peor de todo. Siempre se sale con la suya.

Da igual lo que los reinos le lancen, él lo derrota derramando cerveza y eructando mientras sus enemigos se debaten. Y esa es la parte más absurda: la mitad de sus enemigos acaban adoptándolo como su salvador. Es una locura. Si hay alguien que desprecia la religión es Gotrek, pero todo el mundo le considera alguna clase de divinidad. Es un descerebrado feo y testarudo, pero es la única persona que he conocido que de verdad parece capaz de... —Maleneth se interrumpió antes de hablar demasiado y respiró hondo para tranquilizarse.

Drymuss la miró detenidamente, con los ojos brillantes bajo el ala del sombrero.

—¿De qué es capaz, Maleneth Hojabruja? ¿Qué piensas que es Gotrek?

Ese era un momento difícil. Maleneth veía las pistolas de Drymuss debajo de su capa. Sabía que la atacaría en cuanto tuviera la impresión de que había cambiado de bando. Sus reflejos de aelfa le darían una ventaja sobre sus lentos músculos humanos, pero ella solo tenía dagas y él, pistolas. Prefirió esperar a que las probabilidades a su favor fueran mucho más altas. Porque ese momento no tardaría en llegar. Y ya no tendría que seguir fingiendo.

—Creo que Gotrek es un obstáculo —mintió—. Creo que la única manera que hay de llevar la runa a Azyr es arrancándosela del pecho. Es lo que siempre he pensado. Y por eso he pedido ayuda. Solo necesito encontrar la forma de matarlo.

El cazador de brujas continuó observándola fijamente y Maleneth notó que no estaba convencido del todo. Drymuss señaló con la cabeza la botella que le había dado.

—Eso servirá. Hemos estudiado tus cartas. Y he interrogado a gente que se ha cruzado en el camino de Gotrek. La runa que nos robó ha aumentado su resistencia hasta cotas sobrenaturales. Como dejaste claro, ni siquiera tus toxinas khainitas podrían ser suficientes para detener su corazón. Pero esa tintura que te he entregado no es un veneno normal. Lo osificará, Maleneth. Su carne se endurecerá y se convertirá en hueso, pero la runa no sufrirá ningún daño. La recogeremos de sus restos como si recogiéramos una piedra preciosa de entre la ceniza. Los eruditos del Colegio Arcano han dedicado meses en perfeccionar la composición. Y yo mismo lo he probado con varios apóstatas. Convertirá en hueso a Gotrek, Maleneth, créeme. Quizá entonces, mientras agoniza, comprenderá el lugar que le corresponde en el mundo, por fin se dará cuenta de

lo insignificante que es en comparación con Sigmar Heldenhammer. Lo único que tienes que hacer es echarle unas gotitas en la boca antes de que se despierte.

Los ronquidos de Gotrek retumbaron en la oscuridad como si fueran una señal. El matador dormía tendido sobre la plataforma de un carro atado a un par de lomos de hierro que eran casi tan cascarrabias como él, detenido en el camino costanero. No era normal que el matador durmiera, pero después de tres semanas andando pesadamente siguiendo la costa había encontrado un alijo de barriles llenos de algo que olía a agua estancada en el pantoque de un barco. Gotrek, con el gesto contraído en una mueca, había calificado el contenido de «tolerable» y después había procedido a beberse todo el alijo. Llevaba inconsciente dos días.

Maleneth suspiró mientras se preguntaba durante cuánto tiempo tendría que seguir interpretando ese papel. No era la pesada devota de Sigmar que proclamaba Gotrek, pero mentir a un agente de la orden le daba dentera. Los tipos como Drymuss eran unos expertos en excavar hasta desenterrar la verdad.

—¿Qué pasa? —preguntó el cazador de brujas forzando otra sonrisa—. ¿Te genera dudas matarlo? —Drymuss se encogió de hombros—. No sería raro. Habéis vivido muchas experiencias juntos. Por lo que he oído, Gotrek te ha salvado la vida varias veces. ¿Crees que estás en deuda con él? —Fijó la mirada en el fuego—. ¿O es que le tienes miedo?

Drymuss intentaba provocarla. Era una técnica común entre los cazadores de brujas. Drymuss esperaba que enfureciéndola la induciría a revelar una herética falta de fe. Pero Maleneth no era una de esas brujas que se dedicaban a preparar pócimas de la buena suerte con las entrañas de una gallina. Ella era una hermana del aquelarre, una asesina sin igual, curtida en los Templos del Asesinato del Alto Azyr. Negó con la cabeza.

—No tengo miedo, capitán Drymuss. De nada. —Imitó su risa forzada—. Soy una Hija de Khaine.

—¿Khaine? —Una expresión burlona apareció en los ojos del cazador de brujas—. ¿Te refieres a Morathi-Khaine?

Maleneth dudó, desconcertada por el nombre. Morathi era el Oráculo Supremo de su hermandad. Ella interpretaba la voluntad de Khaine. Pero Maleneth nunca había oído que se juntaran los dos nombres de esa manera y tuvo la impresión, a juzgar por cómo le brillaban los ojos a Drymuss, de que se trataba de algo más que un lapsus lingüístico. Debía

haberse producido algún cambio político, en las esferas del poder, del que ella no se había enterado.

—No lo sabes, ¿verdad? —preguntó riendo Drymuss.

Maleneth intentó disimular su confusión.

—Sé todo lo que necesito saber. Sé sobrevivir y matar, y sé servir.

—¿Servir a quién? —El cazador de brujas exageró su cara de compasión—. Los reinos están cambiando, Maleneth. También los tuyos. Y tú no sabes nada de lo que está pasando porque vas de un lado a otro por estas tierras salvajes detrás de Gotrek. Estás atrapada en esos ridículos feudos. Estás quedándote atrás. Usa la tintura. Mátaalo. Podría despertarse en cualquier momento. Has dicho que rara vez duerme. —Arqueó una ceja—. O puedo hacerlo yo mismo si a ti te falta el valor.

Maleneth ya se disponía a replicar a Drymuss cuando se dio cuenta de que ya lo había entretenido el tiempo suficiente. Se relajó. El peligro había pasado. Se volvió hacia el carro.

—Tú no puedes matarlo. Y te mentí cuando te dije que yo lo haría.

La inquietud cruzó la mirada de Drymuss cuando se dio cuenta de que quizá él no tenía todas las cartas.

—¿De qué hablas? —Drymuss frunció el ceño y se miró la mano. Gruñó e intentó mover sin éxito el brazo—. ¿Qué pasa aquí? —Su voz sonó rara mientras los músculos de su garganta se contraían, ya endureciéndose y osificándose.

Maleneth se inclinó hacia él sosteniendo la botellita y la giró para enseñarle que estaba vacía.

—Receta de expertos. Por la manera como te has trincado el vino, diría que el veneno era completamente insípido.

Drymuss puso los ojos como platos cuando intentó hablar de nuevo, pero de su boca solo salió una gárgara.

—Considéralo mi carta de dimisión de la Orden de Azyr —dijo Maleneth, reclinándose para mirar las estrellas—. Dimiuto de mi misión. —El cuerpo del capitán crujió de un modo extraño mientras se transformaba en hueso, y Maleneth pensó en la situación peligrosa en la que se ponía asesinándolo.

«Has traicionado a la única persona que podía proporcionarte la manera de regresar a Azyr. Afirmas que vas a convertirte en una importante figura de la hermandad. Afirmas que vas a ocupar mi lugar. Pero ¿cómo vas a volver ahora? Eres más estúpida de lo que pensaba. —La voz solo existía dentro de la cabeza de Maleneth y procedía de

un talismán que colgaba de su cuello. El amuleto alojaba un vial de sangre que era una cárcel en la que estaba encerrada la que había sido la maestra de Maleneth—. ¿Qué crees que harán cuando se den cuenta de la desaparición de Drymuss? Lo enviaron para que te buscara. Lo enviaron porque tú se lo pediste. ¿Por qué serías tan estúpida de decirle a la orden dónde estás y luego matar al primero que te envían? Incluso para ti es absurdo.»

Los ruidos que hacía el agonizante cazador de brujas se mezclaban con el chisporroteo del fuego y las olas que rompían contra los acantilados para crear un sonido agradable y tranquilizador.

—He cambiado de opinión —dijo Maleneth cerrando los ojos—. No puedo permitir que maten a Gotrek para quitarle la runa.

«En el nombre del Dios del Asesinato, ¿por qué no?»

—Lo sabes perfectamente. Has visto lo mismo que yo. Has visto cómo lo sigue la gente. Has visto que no le teme a nada ni a nadie. Es único. Pone a sus pies todo lo que hay en los reinos. —Maleneth tenía que arrancarse las palabras de la garganta—. Es lo que todo el mundo piensa de él: una especie de héroe maldito.

«Nunca he oído una cosa más absurda», dijo su maestra, pero el fuego se había extinguido de sus palabras y ya solo proseguía la discusión por costumbre. Las dos sabían la irritante verdad: Gotrek tenía que vivir.

Maleneth se rebeló contra la somnolencia que estaba apoderándose de ella, pero fue inútil y se sumió en un sueño poblado de ascuas y humo.

CAPÍTULO DOS

—¡Por el culo de Valaya! —exclamó riendo Gotrek—. ¿Qué es esto?

Maleneth se despertó con un sobresalto. Estaba amaneciendo y el rocío empapaba su traje de cuero. El fuego se había apagado y la silueta de Gotrek se recortaba sobre el sol que comenzaba a asomar por el horizonte.

—¿Qué es qué? —gruñó la aelfa estirando los brazos y las piernas y palpándose el cuerpo para comprobar que llevaba encima sus armas y sus venenos.

—¿Lo has esculpido tú? —preguntó Gotrek mirando fijamente los restos osificados del capitán Drymuss—. ¿Así es cómo matas el tiempo mientras yo me echo una siestecita? Maldita sea, ¿es que ahora tienes una afición? —Dio unos golpecitos con el hacha a la pálida estatua y esta se desmoronó. Se formaron unos montoncitos de polvo alrededor de las botas del matador—. Típica chapuza aélfica. No era práctica ni bonita.

Maleneth suspiró mientras intentaba reunir las fuerzas necesarias para soportar otro día al lado de Gotrek. Se puso en pie, se sacudió el polvo de la ropa y se volvió hacia el mar, que ahora tenía un aspecto más plomizo y sus colores habían perdido brillo. Sin embargo, la luz del sol permitía ver unas extrañas figuras que se revolvían en las corrientes. Ya se había fijado en ellas en varias ocasiones durante los días previos. Toda la

Costa Incendiaria transmitía una extraña sensación de alquimia. Junto a los peces metálicos que vivían en el mar, Maleneth había atisbado unas formas humanoides, como si fueran las sombras de unos nadadores..., pero no había nadie nadando. No obstante, no la sorprendía del todo ver ciertas cosas inexplicables. Cuanto más se alejaban de la zona interior de la Espiral Crucial, más impredecible se volvía el Reino del Metal. Tenía que convencer al matador para que dieran media vuelta. Necesitaban encontrar algo parecido a la civilización o acabarían en reinos donde la ciencia y la lógica perdían su dominio.

Gotrek rodeó el hoyo y dio unos puntapiés a la bolsa y las armas de Drymuss. No daba ninguna muestra de estar resacoso. Su alta cresta estaba torcida en el lado sobre el que había apoyado la cabeza para dormir, y los restos de grasa y de cerveza le apelmazaban la barba, pero su ojo había recuperado su brillo habitual. El matador irradiaba una vitalidad tan salvaje que a Maleneth le quedó claro que pasarían otro día deambulando por la costa en busca de problemas. Gotrek alternaba ataques de abatimiento con periodos de fervor irreprimito. Desde que se le había metido en la cabeza su última idea estaba tan emocionado que no había quien lo aguantara.

—Estas no son tus cosas —dijo recogiendo del suelo la bolsa de Drymuss y hurgando en su interior. Gruñó cuando un icono sigmarita cayó de ella.

—Espera —gritó Maleneth corriendo hacia él.

Gotrek apartó la bolsa para que no se la quitara y sacó un fajo de cartas.

—¿Qué es esto? —Miró con el ojo entornado la elegante caligrafía—. Es tu letra. Reconocería tus garabatos afilados en cualquier lugar. —Su mirada saltó de las cartas al icono que había caído de la bolsa, y luego al montón de polvo que era todo lo que quedaba del capitán Drymuss. Finalmente se posó en Maleneth, con una expresión sombría—. Sigues buscando la manera de traicionarme. A pesar de todo. —Se le encendieron las mejillas y su descomunal bíceps se flexionó cuando apretó el mango del hacha—. Así que te escribes con tus amiguitos de Azyr, planeando entregarme como si fuera un ternero cebado. Quieres convertirme en un arma para ese palurdo pasmado de Sigmar.

Maleneth masculló una maldición y retrocedió.

«¿Ahora te das cuenta? Le dejas vivir y mira lo que has conseguido a cambio. Ahora te cortará la cabeza por esto.»

Gotrek se golpeó con el hacha el icono dorado de su pecho.

—Si quieres la maldita runa, ven a por ella. —El matador sacudió la cabeza en dirección a las dagas de Maleneth—. Déjate de jueguecitos y demuestra que tienes agallas. No escribas más cartas estúpidas y lucha conmigo. —Gotrek había pasado de la cordialidad a la cólera en un instante. Soltó las cartas y comenzó a caminar pisando fuerte por el hoyo, agitando el hacha y con su ojo furioso clavado en Maleneth—. Acabemos de una vez por todas con esto. Estás buscando la manera de matarme desde el día en que nos conocimos. ¿Por qué no pruebas a hacerlo de una vez? ¿No eras una asesina? No parece que se te dé muy bien matar.

Maleneth se imaginó cómo sería su vida si pudiera librarse del matador. Había algunos venenos que todavía no había probado. Quizá alguno de ellos, si se lo inoculaba cuidadosamente con la hoja de una daga, podría surtir efecto. Pero sabía que nunca lo intentaría. El momento de matar a Gotrek ya había pasado. Había invertido demasiado en el matador. Desde el momento en que mató a Drymuss había cortado todos los lazos con la Orden de Azyr. El bruto furioso y sudoroso que estaba buscando cualquier excusa para cortarle la cabeza era su única esperanza de éxito.

—Lo he matado yo —dijo en voz baja.

—¿Eh!? —gritó Gotrek—. ¿A quién?

Maleneth señaló el montón de huesos pulverizados.

—Al capitán Drymuss. Uno de los cazadores de brujas más veteranos de los Reinos Mortales. Había venido a por ti.

—Porque tú se lo pediste, maldita sea.

—Eso es verdad. Pero he cambiado de opinión.

Gotrek se detuvo con la feroz mirada clavada en la aelfa. Era una montaña de músculos, más ancho que cualquier otro duardin que Maleneth hubiera visto jamás, y estaba recubierto de unos tatuajes horripilantes. Pero eso no quitaba que tuviera que levantar la cabeza para mirarla, lo cual siempre la divertía.

—¿De qué hablas, bruja? ¿Sobre qué has cambiado de opinión?

—Sobre ti. Y sobre la Runa Maestra de Martillonegro. No creo que debas ir a Azyr. Pienso que sería un error. Y, por mucho que me encantaría ver cómo lo hacen, no creo que deban arrancarte la runa de las costillas.

El ojo de Gotrek todavía echaba chispas, pero el matador bajó el hacha y se quedó parado.

—Supongo que está saliendo a relucir tu naturaleza compasiva. —Esbozó una sonrisa sarcástica y dejó a la vista unos dientes torcidos y rotos—. ¿O es porque somos amiguitos del alma?

Maleneth enfundó las dagas al percibir que el peligro había pasado. Volvían a su habitual intercambio de golpes.

—Te desprecio, Gotrek Gurnisson, de una manera que hasta ahora no creía posible. Te odio más de lo que he odiado a nadie. No te consideraría mi amigo ni aunque fuéramos los dos últimos seres que caminaran por los Reinos Mortales, pero... —Dudó. Le fastidiaba ser tan franca con él.

—¿Pero qué?

—Pero eres diferente a todos nosotros. —Lo señaló con un dedo—. Date cuenta de que he dicho *diferente*, no *mejor*. Y no sé por qué los dioses lo han querido así. Tal vez porque no has nacido en estos reinos. Quizá porque eres de... ¿cómo lo llamas? ¿El pico Karaz?

—Karaz-a-Karak. El Pico Eterno, y no estropees su nombre con tu lengua aélfica.

Maleneth se encogió de hombros.

—Dijiste que habías nacido en otro mundo. En otro tiempo. Tal vez por eso eres capaz de derrotar enemigos con los que el resto de nosotros no podemos. Ni siquiera los Stormcast Eternals de Sigmar pueden hacer lo que haces tú.

Gotrek ya iba a gritarle de nuevo cuando cayó en la cuenta de lo que la aelfa acababa de decir. Gruñó sin saber qué responder. Era evidente que los elogios lo habían pillado por sorpresa.

—¿Iba en serio lo que dijiste? —preguntó Maleneth—. Aquello sobre honrar a tus antepasados.

—Ajá —respondió Gotrek mirando fijamente el brasero que había en la cabeza de su hacha, estudiando las refulgentes brasas—. Me avergüenzo por no haberlo visto antes. Debo ser digno de ellos. Incluso aquí, en estos infiernos miserables que llamas reinos. Sobre todo aquí, donde hay tanto que corregir. —Se puso a agitar el hacha y a caminar de nuevo, pero ya no estaba pensando en Maleneth. La aelfa se dio cuenta de que el brillo del entusiasmo había regresado al ojo del matador. Estaba dando vueltas a sus planes para desterrar el mal de los reinos—. Mis antiguos juramentos murieron con mi hogar. —Paseó la mirada por el mar—. Me escondía detrás de ellos. Ahora estoy aquí, en vuestros mundos, y debo hacer lo que habría hecho mi padre, y su padre antes que él. Debo ser fiel a todos los *dawi* que me han precedido. *Dreng tromm*. ¿Cómo,

si no puedo esperar unirme a ellos? ¿Qué habría hecho Kazador Cuerno de Trueno si hubiera estado aquí? Habría liquidado toda la escoria *grobi* hasta exhalar su último aliento. ¿Qué habría hecho Gorim Martillo de Hierro si se hubiera encontrado con todos estos cretinos adoradores de demonios? ¿Habría pensado únicamente en buscar su propia perdición? ¿O sus errores? ¡No! ¡Habría partido algunos cráneos! No habría descansado hasta morir él o todos sus contrincantes. Piensa en todo mi pueblo, desde Gurni Puño de Martillo hasta Thorgrim Custodio de Agravios. Ahora todos ellos están aquí, en mí. Se han ido, pero no han sido olvidados. A través de mí, los *dawi* deben poner fin a estos males. Porque la alternativa es dejarlo en manos de los malditos dioses. Y, créeme, lo único que quiere Sigmar es sustituir un régimen brutal por otro. Ya has visto lo que son capaces de hacer sus Stormcast Eternals. Están todos tarados. Imagina que al final recuperaran los reinos... Las cosas se pondrían peor de lo que ya están.

Gotrek negó con la cabeza y continuó:

—Todo este tiempo he estado buscando un propósito en estos nuevos mundos. Y ahora me doy cuenta de que ya lo tengo. Es el mismo que he tenido siempre. El propósito de todos los *dawi*. —Gotrek había ascendido al borde del hoyo y miraba el hacha de fuegoacero; su ojo estaba fijo en el brasero situado en la cabeza del arma—. Grimnir intentó robarme mi destino —continuó, retomando un viejo agravio que Maleneth nunca había llegado a comprender del todo—. Pero encontraré otro. Y acabaré con todos los *grobis* y los orruks, los miembros de las sectas y los señores de la guerra, los troggoths y los trolls. Y de paso les enseñaré a estos malditos duardin cómo tiene que ser un verdadero enano.

Gotrek iba a añadir algo más, pero se quedó callado y lanzó una mirada fulminante a Maleneth, furioso consigo mismo, tal vez por haber hablado más de la cuenta. Sus mejillas se oscurecieron y masculló para sí mientras volvía a bajar con pasos enérgicos al fondo del hoyo.

Maleneth asintió con la cabeza.

—Yo no sé nada sobre Puños de Martillo y Custodios de Agravios, pero hay algo en ti que ni siquiera los Dioses Oscuros pueden destruir. —Siguió la costa con la mirada, en la dirección por la que habían venido—. Por eso creo que deberíamos volver a algún lugar donde puedas aprovecharlo. Solo porque hayas tenido una riña con los kharadron no tenemos que exiliarnos en las tierras salvajes. Si seguimos alejándonos de la Espiral Crucial terminaremos convertidos en trozos de estaño, o derretidos en mercurio.

Este lugar es el horno de un alquimista. ¿Qué tiene de especial este tramo de la costa? ¿Qué estás buscando exactamente?

Maleneth no esperaba una respuesta sincera de Gotrek. Desde que partieron de Barak-Urbaz, el matador parecía seguir un plan que se negaba a compartir con ella. Pero Maleneth parecía haberse ganado su confianza y Gotrek asintió mientras se subía de nuevo al carro.

—Aquí es donde empezaré a enseñarle a mi raza cómo hay que vivir para estar a la altura de su historia. —Cuando estuvo sentado en el carro, hizo una seña a Maleneth para que subiera—. En Barak-Urbaz, Solmund me enseñó sus mapas. Me dio una idea de los problemas que frenan a los duardin.

Gotrek bramó una orden y los lomos de hierro se pusieron en movimiento en el mismo instante en el que Maleneth subía de un salto y se sentaba a su lado. Los lomos de hierro eran unas criaturas semejantes a los jabalís, con una piel de metal oxidado y colmillos corroídos. Los animales gruñían mientras avanzaban con un ruido metálico por las piedras para regresar al camino y dejando atrás el acantilado.

—En estas tierras quedan pueblos que podrían cambiar las cosas. Todavía hay ejércitos en estas tierras salvajes que podrían plantar cara a los pieles verdes, a los nigromantes y a los adoradores del Caos, pero todos están atascados en guerras por territorios.

Era raro que el matador hablara de una manera tan franca y clara, así que Maleneth se limitó a asentir con la cabeza y a apreciar la oportunidad que se le ofrecía de conocer un poco de lo que pasaba dentro de aquel cráneo duro como la roca.

—Solmund tiene la cabeza bien amueblada... —Gotrek frunció el ceño y perdió el hilo de sus pensamientos. Maleneth sabía que el matador lamentaba su pelea con el magnate kharadron. Si la cerveza kharadron no fuera tan fuerte, aún serían amigos. Gotrek arrugó la frente y negó con la cabeza—. Para algunos asuntos, por lo menos. Si me hubiera escuchado, habríamos conseguido hacer algo con todo ese poder que ha acumulado en las nubes.

—¿Y esta costa? —inquirió Maleneth.

—Ajá. Esta costa. Es un buen ejemplo de por qué todo en tus reinos está jodido. Cerca de aquí hay enanos, o duardin, como los llamarías tú. Solmund me habló de ellos. Se hacen llamar *varrukh*. —Se golpeó la runa del pecho—. Pertenecen a la misma estirpe de salvajes que hicieron esto. Matafuegos. Pero, según se dice, hacían un trabajo decente protegiendo las

tierras de esta costa, que se extienden hasta las montañas. Son mercenarios, como parecen serlo todos los matadores hoy en día. Cobran por dar protección, pero al menos dan la oportunidad a la gente de vivir en una relativa tranquilidad. Solmund me dijo que vivían en una fortaleza cerca de aquí.

Maleneth se lo quedó mirando.

—¿Nos estás llevando a otra logia de matafuegos? ¿Has olvidado lo que pasó la última vez que entramos en una de sus fortalezas de magma? Los dos terminamos encadenados. Además —Maleneth señaló las olas que rompían en la bahía, todavía visible mientras ascendían serpenteando las colinas—, has dicho que mantienen seguro este lugar. Tengo la impresión de que ya hacen un trabajo bastante bueno sin nuestra ayuda.

—Eso era antes. Desde hace unos meses todo ha cambiado. Solmund me dijo que se han escondido en su fortaleza mientras los merodeadores y los pieles verdes campan a sus anchas. Este era uno de los pocos lugares en Ayadah donde la gente podía viajar segura, pero ahora, gracias a la cobardía de esos supuestos matadores, es tan peligroso como los demás.

Maleneth se encogió de hombros.

—Todo el reino está bajo los talones del Caos. Como ocurre en todos los reinos. No alcanzo a comprender por qué este rincón en particular suscita tu interés.

—Porque estos idiotas varrukhs son mis hermanos. —Gotrek se inclinó hacia delante sin levantarse del asiento y sus músculos se tensaron—. Y están avergonzando a mis antepasados. Me trae sin cuidado que vosotros, los aelfos, acostumbrados a apuñalar por la espalda, os escondáis en vuestros cuchitriles y os engañéis con la idea de que Sigmar lo arreglará todo, pero esos varrukhs son *dawi*. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras se esconden debajo de una montaña y permiten que el resto del mundo muera. ¿Dónde está el honor en eso? ¡Me cago en la leche! ¡Antes protegían estas tierras y pueden volver a hacerlo! ¡Aunque tenga que matar hasta el último de ellos para obligarles a ello!

—¿Vas a matarlos para que vuelvan a hacer su trabajo?

—¡Sí! No. Ya sabes lo que quiero decir. Les enseñaré cómo hay que vivir. Y cómo se lucha. Y cómo se muere dignamente.

—¿Eso quiere decir que ahora piensas convertirte en un líder?, ¿en un gran general? —Maleneth lanzó los brazos al aire en gesto de alabanza—. ¡Gotrek, rey guerrero de los duardin! ¡Señor del Pueblo Libre! ¡Portador del orden y la cerveza!

El matador torció el gesto.

—Ya tenéis suficientes líderes. Esa es la mitad del problema. Son una plaga. Y compiten entre ellos para parecer más importantes. No, ese no es el estilo de Gotrek Gurnisson. Ya lo sé. Pero puedo desafiar el mal cuando me cruzo con él.

—¿Y crees que eso servirá para cambiar algo?, ¿contra las infinitas legiones del Caos?

—Maldita sea, ese no es el objetivo. Uno no hace lo correcto para cambiar las cosas. Uno hace lo correcto porque es lo correcto, y punto.

Maleneth se echó a reír.

—Ay, la profundidad gnómica de Gotrek Gurnisson. Eres todo un filósofo. Alguien debería escribir un libro sobre ti.

Gotrek masculló algo y el fuego ya se extinguía de su ojo cuando miró a otro lado.

Maleneth negó con la cabeza. Aún tenía dificultades para seguir su lógica, pero al menos ahora sabía hacia dónde se dirigían.

—La ausencia de los matadores podría deberse a que probablemente están todos muertos. No sé qué te habrá contado Solmund, pero las hordas del Caos todavía dominan este continente. Supongo que los Dioses Oscuros se fijarían en tus amigos duardin y enviarían a sus secuaces para que los exterminaran.

Gotrek negó con la cabeza.

—Solmund me dijo que eso no había pasado. Siguen excavando la montaña. Sus capitanes los han visto desde sus aeronaves. Los varrukh aún viven. Solo han dejado de luchar.

—¿Matafuegos que no luchan? Me parece poco probable. ¡Si viven para eso! Y para acumular dinero. No son como tú. No tienen un deseo ardiente por reparar agravios y honrar a sus antepasados. No tienen moralidad. Les gusta matar y que les paguen por ello. Son unos mercenarios sin fe. Créeme, si no luchan es porque están muertos.

Gotrek masculló mientras dirigía a los lomos de hierro para girar en otra curva del camino. Delante de ellos apareció otro tramo de la costa. El sol ascendía rápidamente y estaban en un lugar lo suficientemente elevado para ver a varios kilómetros de distancia.

—Ahí tienes —dijo Gotrek señalando una mancha en el horizonte—. La prueba de lo que digo. Si los matadores protegieran estas tierras, aquello no debería estar pasando.

Maleneth escrutó a través de la niebla matinal. Una columna de humo ascendía desde las ruinas de un pueblo costero a unos ocho kilómetros siguiendo el camino.

—Parece más bien obra de los pieles verdes que del Caos —dijo Hojabruja.

—¿A quién le importa quién lo haya hecho? Si hubiera matadores por aquí, deberían velar por la seguridad de estos caminos. —Gotrek siguió conduciendo el carro, cuya velocidad aumentaba a medida que traqueteaba por el pedregoso camino—. Y si no son capaces de hacer eso, por lo menos deberían perseguir a los culpables. Hay que arrancar de raíz el mal en cuanto brota. Sean escoria *grobi*, trolls, salvajes del Caos o *elgi* traidores, eso da igual. Hay que actuar rápido y aplastarlo para que la gente decente pueda seguir con sus vidas.

—Deberíamos ser cautos —apuntó Maleneth—. El ataque se ha producido hace pocas horas. No había ningún signo de fuego cuando paramos anoche. La lucha podría no haber acabado aún.

Gotrek sonrió y animó a los lomos de hierro para que corrieran más.

Maleneth no debería haberse preocupado. Cuando llegaron al pueblo no encontraron indicios de lucha. Había cadáveres de humanos diseminados por la playa cercana y alrededor de la empalizada, pero ningún movimiento, aparte del humo que ascendía desde una cabaña de pesca y de las aves carroñeras que picoteaban a los muertos.

Gotrek detuvo el carro y lo ató a un tocón. Continuaron a pie y desfundaron las armas según se acercaban al pueblo. Las puertas colgaban de los goznes y había más cuerpos tendidos a lo largo y a lo ancho de la pequeña plaza que se extendía desde el otro lado. Mientras Gotrek entraba y salía de las cabañas con paso resuelto y examinaba los cadáveres maldiciendo entre dientes, Maleneth reparó en una cosa extraña.

—¡Gotrek! —gritó.

El matador se asomó por el hueco de una puerta destrozada.

—¿Qué pasa?

—Mira esto. —La aelfa señaló con la daga un cadáver. Era de un guerrero joven, derrumbado sobre una cimitarra y un escudo—. ¿Por qué no hay sangre?

Gotrek se acercó al cuerpo y lo miró con el ceño fruncido mientras Maleneth le daba la vuelta con el pie.

—¿Qué quieres decir?

—No tiene heridas —dijo Maleneth hincando una rodilla en el suelo para examinar de cerca el cadáver.

—Bueno, hay un montón de cuerpos en todas partes. ¿Qué más da? Sigue estando muerto.

—Me parece raro. Los cadáveres que hay en la playa tienen heridas, pero los que hay aquí parecen haber muerto de miedo. Míralo, no tiene ni un rasguño aparte de los picotazos de las aves en la cara. Le falta un ojo, pero estoy casi segura de que se lo ha llevado una gaviota. Me pregunto sí... —Maleneth dejó la frase en suspenso mientras levantaba la cabeza del muerto para acercársela a la cara—. Espera un momento. ¡Aún respira! —Pegó una oreja a su pecho—. ¡Está vivo!

Gotrek frunció el ceño.

—Debió de perder el conocimiento durante la lucha y pasaría desapercibido. —El matador paseó la mirada por las casas atacadas—. Probablemente sea obra de la escoria del Caos. Los pieles verdes habrían hecho más estragos. Los aelfos aún estarían aquí, componiendo un poema sobre lo sublime que fue la lucha. Quienquiera que haya hecho esto solo quería matar y largarse cuanto antes.

—No está inconsciente —observó Maleneth, dando unos cachetes al hombre para espabilarlo—. Mira, tiene el ojo completamente abierto. Más bien parece que estuviera hipnotizado.

Gotrek se acercó a otro cuerpo.

—Qué raro —dijo agachándose a su lado—. Este está igual. Tiene los ojos abiertos, pero está como pasmado. —Gotrek se inclinó hacia él hasta que su boca rozó la oreja del guerrero y lo agarró por los hombros—. ¡Despierta! ¡Despierta! —bramó a voz en grito. El guerrero permaneció inmóvil y no dio señales de oírlo—. Esto es muy raro —masculló el matador dejando caer al guerrero al suelo y enfilando por la plaza hacia otro cuerpo—. Esta está igual. —Gotrek acercó una mano a la nariz de la guerrera—. Respira y tiene los ojos abiertos, pero no hay nadie en casa.

Gotrek y Maleneth inspeccionaron todas las cabañas y encontraron varios casos iguales más: personas que a primera vista parecían cadáveres, pero que al observarlas de cerca resultaba que estaban vivas.

—Y mira esto —dijo Maleneth haciendo una seña a Gotrek para que se acercara a una cabaña que había hecho las veces de almacén—. Cuerda, armas, comida, armaduras... ¿Cómo es que todas estas cosas siguen aquí? Si esto es obra de bandidos o merodeadores, ¿por qué no se han llevado nada?

Gotrek examinó las armas.

—Los seguidores de los Dioses Oscuros matan por placer. No se molestarían en saquear este sitio.

Maleneth negó con la cabeza.

—Discrepo. ¿Qué clase de ejército desprecia suministros gratis? Por lo menos deberían haberse llevado la comida. —Maleneth dio un puntapié a una lanza—. Y las armas parecen de buena factura. —Se volvió para mirar a uno de los supervivientes idos—. Aquí pasa algo raro.

—Mira esto —dijo Gotrek cogiendo una pieza de armadura y alargándosela a la aelfa—. Tendría que haberlo adivinado.

Maleneth se la quitó de la mano y la observó con el ceño fruncido. Era demasiado elegante para que la hubiesen creado humanos o duardin. Era una pieza circular de metal que rielaba mientras la giraba entre sus dedos. Tenía la forma de una concha marina y brillaba como las escamas de un pez.

—Está hecha por aelfos —espetó Gotrek mirando en derredor—. Debería haberlo sabido. Cualquier cosa sospechosa normalmente lleva hasta tu raza.

Maleneth sacudió la cabeza mientras examinaba la intrincada pieza de armadura.

—Es cierto que parece aélfica, pero nunca había visto un diseño como este.

—Hay más —dijo Gotrek señalando con el hacha otra pieza de armadura—. Y huellas. Mira. Van hasta la otra punta del pueblo.

Maleneth se agachó para examinar las marcas en la tierra.

—Qué raro. Fíjate en lo ondulado y sinuoso del rastro. Es como el que dejaría una serpiente.

—Aelfos a lomos de serpientes —gruñó con desdén Gotrek—. Serpientes montadas en serpientes.

Maleneth no le hizo caso y siguió el rastro hasta el otro extremo del pueblo, donde encontró una sección de la empalizada completamente destrozada.

—Así que entraron por aquí —aseveró Gotrek mientras se acercaba a los palos amontonados en el suelo.

—Es posible —repuso Maleneth—. Pero está todo mojado. —Recoigió un trozo de alga de entre la madera—. Parece obra de una ola.

—Eso es poco probable. —Gotrek señaló la pedregosa playa que se veía por la brecha en la empalizada—. El mar está a casi a un kilómetro.

Maleneth enfiló hacia la playa. Las piedras que crujían bajo sus pies eran en su mayor parte metales preciosos: oro, plata y una

miríada de aleaciones que destellaban al moverse debajo de sus botas. En otro reino, la gente habría matado por unas riquezas así, pero allí, en el Reino del Metal, donde el oro llovía del cielo o crecía en los cadáveres como el moho, las personas habían encontrado otras cosas por las que matarse. Los sinuosos rastros se dirigían al mar. Mientras los seguía, Maleneth se topó con más elementos de armaduras y habitantes del pueblo, algunos muertos y con heridas sanguinolentas y otros aturridos como la gente que habían encontrado junto a las cabañas; respiraban, pero por lo demás parecían cadáveres con los ojos fijos en las nubes del cielo. Desde que encontraron la pieza de armadura aélfica, Maleneth se había fijado en la precisión y la elegancia de los espadazos que habían abierto las heridas en los cadáveres. Ni los humanos ni los duardin luchaban con una elegancia letal comparable.

«¿Por qué perderían el tiempo los aelfos con unas criaturas como estas? —Había un tono de incredulidad en la voz de su maestra—. Unos desgraciados que vivían de la pesca y de lo que la marea dejaba en su playa. Y ni siquiera se han llevado nada.»

Maleneth negó con la cabeza.

—Nunca había visto a los aelfos dejar unos rastros como estos.

Por fin, con Gotrek caminando pesadamente a su espalda, Maleneth llegó al mar. El líquido siseaba encima de las piedras y la aelfa se quedó a unos pasos de donde caían las gotas que salían despedidas de las olas. Algunos sostenían que el océano Amatista era una masa de agua y otros que era de metal fundido, pero todos estaban de acuerdo en su toxicidad. Los rastros llegaban a la playa desde decenas de direcciones y convergían en ese punto de piedras revueltas antes de adentrarse en el mar. Maleneth escrutó el océano y tuvo la sensación peculiar de que el mar también la miraba, estudiándola.

—¿Eso que flota allí son más cuerpos?

—Yo no veo nada —murmuró Gotrek—. ¿Y qué es esta peste?

Maleneth olfateó el aire y detectó un olor raro en la brisa salobre. Era un hedor a bestia, como el almizcle de un animal grande. La sensación de que la estaban observando se incrementó y el instinto la advirtió de que corrían peligro. Un impulso repentino de marcharse de allí se apoderó de ella.

—¿Qué más da? —dijo—. Solo son unos pescadores muertos. Debemos irnos de aquí.

Gotrek parecía más furioso de lo habitual cuando rodeó a Maleneth para encararse con ella.

—¡Ese es exactamente el maldito problema! —bramó señalando con un dedo las pilas de cadáveres—. ¡A nadie en este appestoso reino le importa esta gente! Son los olvidados y los abandonados.

Maleneth suspiró cuando se dio cuenta de que había dado pie a una de las diatribas del matador.

—Sigmar o Khaine —gruñó Gotrek—, tanto monta, ¿es que no lo ves? Da igual en quién pongan su fe estas gentes. A los dioses solo les importa dominar a otros dioses. Y mientras ellos se pasean por los cielos, lanzándose rayos, esto es lo que les ocurre a todos los demás. Una y otra vez son machacados y masacrados, triturados contra el suelo, convertidos en comida para los cuervos. Nada cambia. Nadie gana. Solo cambiamos un tirano por otro.

Pensara lo que pensara de Gotrek, Maleneth aún se resistía a que el matador le diera lecciones.

—Tú no tienes ni idea de lo que significa Khaine. Ni te imaginas lo que es capaz de hacer. Además, si no es en los dioses, ¿en quién depositaríamos nuestra fe? —Resopló con desdén—. ¿En ti?

—¡Poned vuestra fe en vosotros mismos! —Gotrek estaba tan furioso que le temblaba la mandíbula—. ¡Eso hicimos nosotros! Los *dawi* no esperábamos que los dioses nos salvaran. Prestábamos atención a la sabiduría de nuestros antepasados. Asumíamos la responsabilidad de nuestro futuro.

Maleneth se echó a reír.

—¡Y mira dónde has acabado! Todo tu mundo fue destruido. Y ahora estás aquí. No eres más que un exiliado desarraigado que falló a su pueblo intentando convencerse de que lo sabe todo.

—¡Porque escuché a un maldito dios! Porque puse mi fe en Grimnir cuando debería haberla puesto en mortales como esta gente. El humano y yo podríamos haber cambiado las cosas si no me hubiera dejado engañar por...

Algo se movió a lo lejos en la playa. Maleneth estaba tan furiosa con Gotrek que cuando oyó el ruido giró sobre los talones para arrojar una daga.

Gotrek estiró la mano con una velocidad sorprendente para agarrarle la muñeca y la daga cayó inofensivamente al suelo.

Maleneth resopló con los dientes apretados mientras las valiosas toxinas salían despedidas de la hoja y salpicaban las esquivas metálicas.

Gotrek le clavó una mirada asesina.

—No hay que matar a todo el mundo —aseveró el enano. Señaló con la cabeza a la figura que había hecho el ruido. Era un hombre que se apretaba las heridas tirado en la playa.

—Eso es discutible —masculló Maleneth mientras seguía a Gotrek hacia el desconocido. Recogió la daga del suelo y fingió que se lo arrojaba al matador.